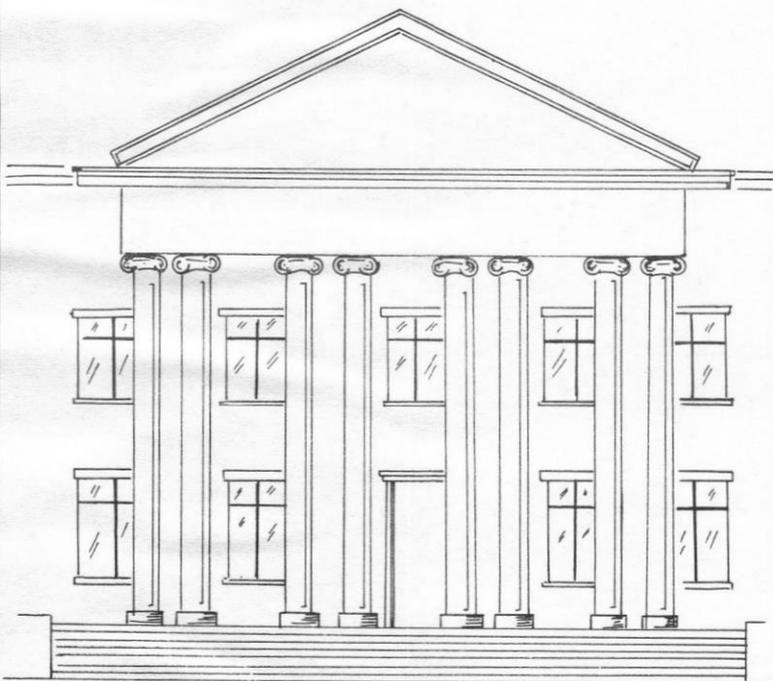


DEFINICION DE LA CULTURA



JULIO CESAR TURBAY AYALA
Presidente de la República

Señoras y señores:

En uno de sus más lúcidos ensayos, "Idea de una sociedad cristiana", sostenía Eliot que una comunidad está en peligro de desintegrarse, cuando hay falta de contacto entre personas de diferentes esferas de actividad, entre las mentes políticas, científicas, artísticas, filosóficas y religiosas. Y en otra de sus obras, "Notas para la definición de la cultura", advertía contra el riesgo de que los representantes de diferentes tipos de conocimiento y experiencia no lleguen a conocerse enteramente y que convocados transitoriamente para el examen de algún trascendental problema común se retiren, tras ese contacto bienintencionado pero efímero, "cada uno hacia su particular mundo social y, asimismo, a su mundo solitario".

Estas reflexiones de Eliot, que me parecen pertinentes como advertencia cordial para que el esfuerzo que en este foro se ha realizado no se desvanezca, al clausurarlo, en la inacción, nos llevan, de otra parte, a una palabra clave en la vida de Colombia: integración. Es bien sabido que el Gobierno la ha hecho suya incorporándola al vocabulario; a las intenciones y a las prácticas oficiales, porque estima que es tiempo ya de actuar en ese sentido después de décadas enteras durante las cuales el desarrollo propició y desató las fuerzas centrífugas que lo han hecho posible. El síndrome es bien conocido y Ortega lo describió a la perfección: "A medida que el cuerpo nacional crece y se complican sus necesidades, origínase un movimiento diferenciador en las funciones sociales y, consecuentemente, en los órganos que las ejercen. Dentro de la sociedad unitaria van apareciendo e hinchándose pequeños orbes incluidos, cada cual con su peculiar atmósfera, con sus principios, intereses y hábitos sentimentales e ideológicos distintos: son el mundo militar, el mundo político, el mundo industrial, el mundo científico y artístico, el mundo obrero, etc. En suma: el proceso de unificación en que se organiza una gran sociedad lleva el contrapunto de un proceso diferenciador que divide aquella en clases, grupos profesionales, oficios, gremios". Y parece natural que así sea.

Dentro de la primera fase, el desarrollo, tanto cultural como económico, es una respuesta fragmentada a las mayores urgencias de la población. Tiene que vencer resistencias, superar tradiciones, sacudir al país soñoliento, desintegrar literalmente el viejo orden de cosas, aletargado y conforme, para que por la vía de las múltiples roturas causadas en el vetusto edificio social penetre desordenadamente, y a veces en medio de la mayor confusión y con prisa, el viento fuerte de lo audaz y de lo nuevo.

Es la tasa, sin duda elevada y penosa, que es preciso pagar para que el país no se estanque en una satisfacción mediocre. Paradójicamente, es dislocándose como las sociedades, en trance de renovación, buscan instintivamente una nueva unidad cultural. Así aconteció en nuestra vida política. Sin las turbulencias que nos parecen inexcusables del siglo pasado, la unidad que hoy nos permite mirar con razonable confianza el porvenir no habría adquirido las características de urgencia que finalmente la hicieron no solo deseable sino posible.

Desarrollándose por partes, convulsivamente, la nación incipiente creó las condiciones que le permitieron ser primero independiente y después libre. Y

cuando hubo mayores cosas que defender, valores más sustanciales que preservar y se ensanchó ilimitadamente el repertorio de las posibilidades, se inició el lento y trabajoso proceso de superación del particularismo que amplió a dimensiones nacionales el marco del pensamiento y de la acción.

El proceso, que principió hace ya casi cien años, aún no ha terminado. La búsqueda de una identidad nacional no es rápida ni fácil. Y muchas veces la vehemencia misma de quienes a todo trance la procuran, llega a ponerla en peligro. La premura en alcanzar lo ideal suele conducir a exageraciones que de no corregirse a tiempo retardan la consolidación del propósito. Entre nosotros, cuando la creación de una conciencia nacional adquirió las características de una razón de Estado, se creyó que bastaba estipularlo así en las cláusulas de la Constitución y darles a esos mandamientos y a los encargados de ejecutarlos, poder coactivo para transformar la inconsistente suma de pequeñas autonomías culturales en pugna en una vigorosa unidad.

La más sangrienta de nuestras guerras civiles y un largo período de incompreensión colectiva estuvieron a punto de invalidar el esfuerzo. No bastaba, ciertamente, que a los buenos deseos se añadiera una solemne declaración política para alterar la fisonomía espiritual de la nación. Era preciso crear las condiciones necesarias para que la idea madurara y el ambicioso designio estatal no se hiciera pedazos al chocar contra el recio escollo del recelo generalizado. Sin una labor previa de acondicionamiento de la óptica tradicional, resultaba una candidez peligrosa esperar que las ventajas de la integración se hicieran visibles y empezaran a ser aceptadas por una sociedad durante largo tiempo convencida de que el progreso era la resultante de un apasionado y convulsivo juego de individualismos.

Buena parte de la tarea de los gobiernos que se han sucedido en la historia nacional desde el momento en que la idea de la nación como un todo orgánico se impuso a las conciencias más advertidas de su tiempo, ha consistido, precisamente, en convertir en un hecho aceptado por todos lo que en un primer momento pareció a muchos una imposición indebida o una extravagancia. Cada administración, dentro de su propio estilo y bajo el dictado ineludible de las circunstancias en que le correspondió actuar, ha contribuído a reducir esos "pequeños orbes inclusos", a una totalidad vertebrada y armónica.

A este Gobierno le ha correspondido proponerle al país la integración como programa a través del diseño de un Plan de Desarrollo que, como lo dije en la presentación de los textos que lo contienen, responda a las peculiaridades propias de nuestra nacionalidad, de nuestra historia, de nuestra geografía, de nuestra idiosincrasia. Dentro de él, lógicamente, tienen prioridad los asuntos relacionados con la ciencia, con la tecnología, con la educación y, desde luego, con la cultura. A todos esos valores se les da el carácter de un bien social por cuyo estímulo y extensión debe preocuparse el Estado.

Pero me anticipo a la diferencia que una declaración de esta clase puede suscitar en ciertos espíritus prevenidos. No se trata de dirigir la cultura. Ni siquiera de orientarla desde el Estado. Nada más deplorable como sumario estético que el resultado final de la cultura dirigida. Impuesta desde los presidiums, sometida a la celosa regulación de los comisarios, esclavizada por el

presupuesto, transformada en alegato, en justificación o en manifiesto, la cultura se convierte en una monstruosa adulteración.

El espectáculo de un artista que produce a destajo los lienzos, las cuartillas o las partituras que el Estado o el Partido, o los dos, requieren para llenar apresuradamente el vacío espiritual que su propia intransigencia ha creado, resulta no solo deprimente sino peligroso. Ese artista, sin duda, puede serlo desde el punto de vista meramente formal. No carecerá de destreza para ordenar los vocablos, combinar más o menos armoniosamente los colores o hilvanar sobre la escala elusiva del tiempo, con cierto afortunado rigor, los sonidos. De sus manos saldrá, probablemente, en la extensión o en las dimensiones requeridas y con el énfasis necesario, la obra que deje satisfecho al orden político que le ha permitido trabajar y, bajo tales condiciones, sobrevivir. Pero es seguro que para lograrla, y obtener la aprobación de quienes habrán de juzgar su mérito documental y su ortodoxia, tal artista habrá sacrificado por una mezquina razón política su parte de verdad.

Quizás alguna reserva íntima, y el cauteloso trabajo clandestino que algún día exhumará la temeridad de los disidentes, lo preserven del definitivo aniquilamiento intelectual. Pero el público al cual está destinada esa obra postiza y falsa, la asumirá como la genuina expresión de un creador honesto, y sin el auxilio de una crítica que lo prevenga contra los riesgos de la mistificación, acabará asumiendo la propaganda por la cultura. El producto de esa confusión lamentable es bien conocido. Bajo las apariencias de un generoso mecenazgo, corren las aguas subterráneas de la imposición. En ellas se nutre el espectacular "florecimiento de las artes y las letras" que la incorregible ingenuidad de los simples o la sólida fe de los catecúmenos equipara con un nuevo Renacimiento o con una nueva Ilustración.

Pero no hay gasto con una más definida y más perversa intención de distorsionar la realidad espiritual de un pueblo que aquel que hace el Estado exigiendo que, como contraprestación a su largueza, se le otorgue ilimitada capacidad para señalar qué es lícito admirar y qué no, dentro del vasto mundo de la creación estética. Pero además, el arte que con ese sistema providente se genera, es culturalmente improductivo. Una resignada vulgaridad lo caracteriza: No hay en él profundidad, ni innovación, ni curiosidad, ni holgura. Su dinamismo es hechizo. Y contra lo que se supone, no traduce realísticamente un modo de vida. Elabora un esplendor ficticio y lo promueve aunque sin conmovir a nadie.

La cultura no se genera ni de espaldas a la realidad, ni como resultado de una temerosa conformidad con ella. Es, por el contrario, producto de una constante fricción con la rudeza de todos los días. Cuando la mente del artista se condiciona para simplemente complacer, la tremenda tensión espiritual que se resuelve en la creación de una obra de arte desaparece, y el efecto es de una trivialidad inocultable. Pero no solo la "cultura dirigida" suele engendrar esa especie de anestesia intelectual. La moda ocasiona un fenómeno similar. En cierta manera, la mercantilización del arte no es otra cosa que un aspecto más de la cultura dirigida, con la diferencia de que no es el Estado el que impone a los artistas su desabrida pauta estética por razones políticas, sino los manipuladores del mercado quienes establecen la suya por razones

comerciales. La sociedad de consumo puede, por lo tanto, provocar a la larga la misma desfiguración del arte y de sus objetivos que la interferencia de un Estado totalitario, aunque no sea el mismo su criterio de la belleza ni iguales sus intenciones.

Pero entonces, ¿cuál es el papel que le corresponde cumplir al Estado para garantizar la independencia del arte y del artista y permitir que el choque del creador con su circunstancia social contribuya al progresivo enriquecimiento de la cultura? Desde luego, no la indiferencia. Un Estado glacial ante los hechos de la cultura es un Estado que se convierte, aun sin proponérselo, en cómplice necesario de la ordinariez. El Estado debe entender que la superación intelectual constituye parte esencial de los derechos humanos y que tiene, por lo tanto, la obligación de crear las condiciones necesarias para que el ascenso a los más altos planos de la percepción, de la comprensión y del buen gusto no se limite, cicateramente, a unos cuantos grupos selectos o privilegiados.

A la democracia política y a la democracia económica que los pueblos con tanta perseverancia tratan de perfeccionar, debe unirse, también como propósito colectivo, el de la búsqueda de la democracia cultural. No se trata, bien entendido, de hacer de cada ciudadano un poeta. Pero sí de establecer las circunstancias indispensables para que el poeta tenga su puesto en la sociedad. El antagonismo, tan propio de nuestra época, entre las creaciones del espíritu y el rudo sentido práctico de la existencia cotidiana, debe resolverse en la inteligente aceptación de que lo práctico no es en modo alguno lo opuesto de lo bello. Y de que, por el contrario, hasta los más rudimentarios actos de la vida corriente deben estar revestidos de un cierto significado estético para que no naufraguen en una irremediable insipidez.

La cultura, en realidad, no es otra cosa que el arte de vivir. Y en parte alguna ha surgido como resultado de un proceso artificial. Las culturas artificiales acaban derrumbándose por inauténticas. Los pueblos mismos a los cuales trata de imponérseles acaban por rechazarlas y por desembarazarse de esas supercherías a través de un largo proceso de recuperación instintiva de la autenticidad. No pocas de las llamadas contraculturas son, precisamente, la consecuencia de una respuesta desafiante a los intentos de distorsionar la realidad cultural o de reemplazarla por una brillante pero insoportable falsificación. Al Estado le corresponde el nada fácil papel de neutralizar ese riesgo defendiendo las instituciones culturales con la misma responsabilidad con que defiende las instituciones políticas.

Pero la contrapartida de esa labor de vigilancia no puede ser el chauvinismo cultural. Las aduanillas intelectuales son tan antipáticas y, a la larga, tan poco eficaces como las aduanillas políticas. La autarquía artística, aun si fuera posible, sería hoy sospechosamente esterilizante. Un país, cualquier país debe estar abierto a todas las corrientes del pensamiento y de la belleza porque todas ellas lo enriquecen y le permiten resolver los intrincados problemas que plantea la complicada vida contemporánea con mayor lucidez. De esa especie de gran cruce de caminos en donde se entreveran lo efímero con lo perdurable, y lo sustantivo con lo banal, saldrá, si no se abandona un elemental sentido crítico, un progresivo enriquecimiento artístico que bien aprove-

chado ampliará el horizonte estético, estimulará a superiores empresas la inteligencia y le dará mayor consistencia y mayor atractivo al duro oficio de vivir.

Sin embargo, no debe confundirse el simple acto mercantil de importar cultura o de exhibirla pretensiosamente ante los ojos embelesados de unos cuantos eruditos, poseedores de las intrincadas claves que abren a la comprensión un nuevo lenguaje plástico, musical o literario, con el esfuerzo difícil y en ocasiones penoso de integrar la cultura, necesariamente parcial, de un pueblo a la cultura universal. En estas materias, como en tantas otras, solemos engañarnos. Al hacer el inventario de las actividades culturales del año se relaciona cuidadosamente el número de conciertos, de exposiciones, de obras de teatro, de recitales, de libros dados a la publicidad, y si la cifra resulta halagadora se proclama, en medio de un explicable alborozo estadístico, que el país está viviendo un ostensible renacimiento cultural.

Aun los altísimos precios que se pagan por las obras de arte se consideran como un índice sólido y confiable de la madurez nacional, que finalmente ha aprendido a valorar la solitaria labor creadora de un artista y a retribuir ese esfuerzo con algo más que un ceremonioso reconocimiento académico. Pero, ¿cuántas son, realmente, las personas que están en capacidad de apreciar esas elevadas manifestaciones del arte o de acceder a ellas? Sin duda muchas menos de lo que quisiéramos admitir. Para la inmensa mayoría de los colombianos el arte, el verdadero arte, sigue siendo un artículo exótico, incomprensible y distante. Una extravagancia innecesaria que ni siquiera suscita curiosidad.

Pero no se trata de un fenómeno de irremediable penuria espiritual o de fatal alteración en los patrones del gusto, que nos condena irrevocablemente a los infortunios de un perpetuo subdesarrollo cultural. El problema se sitúa a otro nivel. Lo que hay en el fondo de aquella displicencia generalizada es la inclinación a considerar las formas de la cultura y la cultura misma como expresiones apenas marginales de una realidad social más concreta, más apremiante y más adusta. Esa especie de marginalidad de la cultura es lo que le ha dado el carácter de artículo suntuario, de cosa circunscrita y dispensable que solo los muy especializados o los muy ricos pueden darse el lujo de consumir.

Naturalmente esta superficial y a veces cómoda estimación del arte y de los artistas es peligrosamente equivocada y conduce al aislamiento de la cultura y a su escasa incidencia en aquellas zonas que más requieren de satisfacciones espirituales para sobrellevar las fatigas y las contrariedades de todos los días y para ensanchar el repertorio de sus conocimientos.

Romper esa barrera de incomprensión, de apatía y de prejuicios es una empresa que todos debemos acometer. Entre otras cosas porque sin un soporte cultural estable el desarrollo será azaroso e ilusorio. Lo que le da verdadera consistencia a un pueblo es su capacidad para reconocer los grandes valores, calificarlos y aprovecharlos. Desprovista de una robusta guía espiritual que oriente su actividad y que la ordene —y que por supuesto, señale hacia qué fines deben dirigirse sus esfuerzos— una nación está condenada o a la anarquía o a la insignificancia.

El subdesarrollo no solo es cuestión de anemia económica. Lo es también, y quizás en mayor grado, de somnolencia intelectual. Una de las más grandes y, socialmente, más costosas equivocaciones de nuestro tiempo en el mundo, ha sido suponer que bastaba copiar al calco un modelo de desarrollo e importar sus equipos, sus técnicas y hasta sus hábitos de consumo para subsanar en cosa de pocos años, décadas, siglos enteros de inferioridad.

El resultado de ese experimento bien intencionado pero aturdido fue, lógicamente, decepcionante. Se perdió de vista que el desarrollo no es un fenómeno meramente cuantitativo sino, ante todo, un fenómeno cultural. Ninguna de las grandes civilizaciones que seducen con su estruendosa eficiencia la imaginación de los impacientes, ha sido producto de la casualidad. Se han formado y se consolidaron en un largo proceso aluvional al que contribuyeron con su ingenio, con su inspiración y aun con sus errores, sus hipérbolos y sus vacilaciones muchas inteligencias. Y no se trataba, por lo general, de especialistas. Los encargados de promover esas dilatadas transformaciones y de aclimatarlas entre sus semejantes, fueron casi siempre hombres y mujeres de cultura humanística; de amplísima órbita conceptual.

Excelentes conocedores del alma de las gentes, sabían conducirlos, no como capataces, a empujones y atrabiliariamente, sino persuadiéndolos —después de estar convencidos ellos mismos— de la probidad de sus intenciones, hacia niveles superiores de entendimiento, de imaginación, de colaboración colectiva y de confort.

Alguna vez Renan se preguntaba qué es lo que hace una nación. Y tras desechar, por inconvincentes, los factores externos que a primera vista parecen constituirla, respondía que una nación es ante todo un alma; un principio; un contenido espiritual. ¿Pero qué son las artes plásticas, la música, la literatura y las mismas buenas maneras sino provincias que pertenecen a la vasta jurisdicción del espíritu? Explorar esas regiones, abrirlas a la colonización colectiva, trabajarlas con alegre entusiasmo de pioneros, es contribuir, pues, mejor y más eficazmente que nadie a la constitución del alma nacional. Hay que reconocer que en este aspecto esencial de la vida colombiana, los artistas han aportado y brillantemente, su cuota de esfuerzos. No podemos, me parece, exigirles más de lo que están haciendo todos los días para elevar considerablemente el monto de las reservas espirituales del país. Pero ahora nos corresponde a los demás hacer lo nuestro a través de una animosa y desprendida política de redistribución de la cultura.

La empresa, además de fascinante, es posible. Y la facilita la misma tradición cultural de Colombia. El nuestro ha sido, por fortuna, un país siempre permeable a las grandes aventuras del pensamiento. Su mismo proceso de independencia se inició antes en los libros que en las armas. Para el imperio español resultaron tan letales los panfletos coléricos de don Pedro Fermín de Vargas, la imprenta clandestina de don Antonio Nariño o los sentenciosos alegatos de don Camilo Torres como los viejos mosquetes y las lanzas llaneras que pusieron en fuga los tercios reales en el Pantano de Vargas o en Boyacá. Es más: fue en los talleres de la Expedición Botánica donde, entre herbarios, retortas y pinceles, se formó ese clima de sesudo racionalismo que había de

echar por tierra el mito dorado de la primacía sobrenatural de los Borbones. Y recién nacida la República, uno de los primeros y más significativos actos del nuevo gobierno fue eliminar el gravoso arancel intelectual que impedía la circulación de las ideas en un decreto memorable que situó el sistema de Jermás Bentham en primer lugar en el orden de las inmediatas preocupaciones de los estadistas, de los letrados y de los estudiantes granadinos.

No hemos sido, entonces, ajenos a lo culto ni reticentes en recoger las grandes inquietudes intelectuales de cada época para incorporarlas a nuestro patrimonio espiritual. Ni el recogimiento, ni la mezquindad, ni la prevención constituyen la actitud habitual de los colombianos ante el mundo de las imágenes o de las ideas. Tampoco nos caracteriza esa necia sublimación de la pandería que es la sofisticación. Hemos elaborado nuestro universo cultural con cierta precaución ordenada pero alerta y ello nos ha permitido ser abiertos sin dejar de ser auténticos. El nuestro es un pueblo inteligente, sensitivo, predispuesto por temperamento y por hábito a reconocer los valores estéticos y a recoger su esencia para elaborar con ella su original concepción de la armonía, de la emoción y de la belleza. Lo comprueba el que este país, en todos los ámbitos de la expresión artística, haya creado su propio lenguaje y con él se logre hacerse entender ante la quisquillosa audiencia de la crítica internacional sin desmerecer en el examen.

Hay, entonces, un terreno espiritual roturado y en disponibilidad para que el proyecto de democratizar la cultura, de redistribuirla, de sacarla de la condición de "flor de invernadero" para hacerla cada vez más popular, no se convierte en un gesto inútil. Este foro, quienes en él han participado, las muy importantes cosas que en él se han dicho, las propuestas concretas que aquí se han considerado no persiguen, me parece, otra cosa. Examinar la identidad y el desarrollo cultural de América; establecer cuáles han sido y cuáles deber ser las políticas para un mayor desarrollo y una mayor extensión de la cultura en Colombia; concebir instrumentos más eficaces para su financiación son temas que reflejan esa preocupación y que al plantearla, nos incitan a resolverla.

Naturalmente, en este aspecto tenemos todavía un largo camino por andar, debemos empezar por convencer a las gentes de que la cultura es en realidad, como lo postula el Plan de Desarrollo, un bien social, y que facilita a todos su participación en ella constituye un deber impostergable. Pienso, por ejemplo, que debemos darles, en todos los niveles de la educación en Colombia, mayor énfasis a las humanidades. La pragmática atmósfera de las últimas décadas, nos llevó a emprender un verdadero "tour de force" de aprendizaje tecnológico para abreviar la distancia que nos separaba del mundo industrializado, haciéndonos perder de vista su formidable valor disciplinante de la mente, de la conducta y de la percepción estética. Hoy debemos reconocer que la formación humanística, al permitirle entender las diversas culturas, sitúa mejor al hombre en el mundo y ante la historia, le suministra mayores elementos de juicio para apreciar los fundamentos éticos de cada propósito social y agudiza su sentido de la sensibilidad y de la solidaridad.

Al lado de este esfuerzo en el campo de la educación formal debemos aprender otro parecido en el de la educación informal, estimulando las tradiciones populares, aumentando el número de bibliotecas, de salas de concier-

tos, de salones de exposición y ensanchando sus servicios, tal como lo propone el Plan de Desarrollo al atribuirle carácter prioritario al área de la creación y transmisión de la cultura. Para lograr este último fin, la contribución de los medios macivos de comunicación es esencial.

Y desde aquí quiero hacer una invitación a quienes los orientan y dirigen para que participen en el empeño de popularizar la cultura familiarizando a las gentes con el hermoso y profundo universo de las formas, de los sonidos y de las ideas, hasta convertir las unas y los otros en parte de la vida diaria de los colombianos. Y por cierto, la más grata y a la larga la más fecunda en términos de superación y de progreso.

Pero no sería justo si no aludiera, con gratitud de colombiano, al sustantivo aporte que personas como Rafael Gama han hecho al incremento cultural del país. Si hoy podemos hablar no de crear una cultura sino de divulgar la espléndida que ya tenemos, se debe al trabajo resuelto, generoso y constante de quienes, sin otro interés que el de elevar la cota intelectual del país y sentir la satisfacción de hacerlo, se han impuesto la tarea, a veces ingrata y casi siempre incomprendida, de estimular las artes y hacer conocer el silencioso trabajo de los artistas. Precisamente, una de esas personas es Gloria Zea, la admirable directora de Colcultura, a quien tanto debemos los colombianos. Otra persona de sus mismas características es hoy condecorada con la Orden de Boyacá por su inapreciable labor de promoción cultural y de cuidadosa preservación del patrimonio histórico nacional; obviamente me estoy refiriendo al gerente del Banco de la República, doctor Rafael Gama. La promoción cultural fue iniciada desde dicha institución por el doctor Luis Angel Arango, y para fortuna del país la han continuado, multiplicándola, sus sucesores en la gerencia de dicha institución con el concurso valiosísimo de un distinguido grupo de colaboradores. Su incomparable Museo del Oro, que ha llevado a los más ilustrados lugares del mundo la resplandeciente constancia de lo que fuera la civilización precolombina; su magnífica biblioteca en buena hora colocada bajo la dirección de un intelectual de las capacidades de Jaime Duarte French; sus excelentes publicaciones, que entre otras cosas nos han permitido conocer de cerca las intimidades de la historia económica y social del país; su sala de música que coloca al alcance de un auditorio exquisitamente receptivo la maestría de los grandes intérpretes; su sala de exposiciones que recoge periódicamente lo más destacado o lo más novedoso de la actividad plástica colombiana, la hemeroteca Luis López de Mesa, son todas realizaciones admirables que merecen, ciertamente, el reconocimiento nacional. Como Presidente de la República me complace recoger ese sentimiento, que no dudo en calificar de unánime, al entregar la más alta distinción que puede otorgar nuestro país al Gerente del Banco, doctor Rafael Gama Quijano, en este acto tan significativo para la suerte futura de las artes y de las letras en Colombia.

Señoras y señores:

Debemos a doña Gloria Zea de Uribe gratitud por habernos convocado a este desprevencido examen sobre lo que hemos hecho y lo que aún nos queda por hacer en los extensos, deslumbrantes y sugestivos predios de la cultura. Con rigor y sobre todo con interés constructivo hemos aceptado que se re-

quiere un esfuerzo adicional, considerable, para que las fronteras de ese territorio fertilísimo se ensanchen hasta recoger, dentro de ellas, al mayor número posible de colombianos. La constitución de la Empresa de Producción y Distribución de Bienes Culturales, cuyos protocolos hoy se han suscrito formalmente, es un buen comienzo y exterioriza la intención de que este empeño no se convierta en catálogo irrelevante de buenos deseos sin aplicación inmediata.

Pero si alguna duda quedara aún sobre la seriedad del propósito, la categoría de quienes han contribuido a formularlo bastaría para disiparla y persuadirnos de que hemos adquirido ante toda la Nación, el serio y el irrevocable compromiso de esforzarnos cada vez más para que los valores sustantivos y eternos de la cultura sean accesibles a todos.

JULIO CESAR TURBAY AYALA